

Y no a
un METRO
de
DISTANCIA



MARTA FRANCÉS

Y no a
un **METRO**
de
DISTANCIA

MARTA FRANCÉS

©Marta Francés 2020

1ª edición

ISBN:

Diseño de portada: Marta Francés

Imagen de portada: Canva

*Para @entaustenoscoronamos, sus organizadores y sus espectadores.
Para todos los taustanos. Orgullosa de mi pueblo.*

CAPÍTULO 1

Hoy está nublado. Ha llovido casi toda la noche y mi balcón está mojado. Genial. Ni siquiera voy a poder salir, aunque... pensándolo mejor... ¡Qué narices! Que estamos en cuarentena, que vivo solo y que me importa un pepino mojarme los zapatos. Mejor dicho, las zapatillas de estar por casa. Así que abro y salgo al exterior con la taza de café entre las manos. Mi primera reacción, como en días anteriores, es cerrar los ojos y aspirar fuerte, dejar que el frío de esta mañana impacte en mi rostro y me reconforte. Esto es duro, más de lo que creí al principio, cuando no me tomaba la situación del todo en serio. Hoy, quinto día de confinamiento, agradezco cualquier brisa, rayo de sol o gota de lluvia en mi piel. Cómo echo de menos salir a la calle, pasear, a mi madre, a mis amigos... mi libertad. Suspiro tan fuerte que creo que alguien me ha oído porque escucho una risita sofocada que viene de algún lugar cercano. Me asomo al balcón, mojándome la sudadera con el agua de la barandilla, y entonces la veo.

Está en el edificio de enfrente, dos pisos más abajo. Vivo en un cuarto, ella en el segundo, según confirmo contando las ventanas. No la había visto nunca, aunque eso no es relevante porque, hasta estos días, no conocía ni a la mitad de mi vecindario. Esto está cambiado ahora que nos asomamos a los balcones cada dos por tres a tomar el aire, a aplaudir o a escuchar a algún atrevido cantar o tocar un instrumento. Ya sé que a mi lado vive una pareja mayor muy simpática, que debajo hay una familia con dos niños pequeños y encima un señor de unos cincuenta años que es profesor. Los del edificio de enfrente no los tengo tan controlados, me suenan las caras, pero nada más. En cambio, ella... Si la hubiera visto antes lo recordaría.

Tiene el pelo rubio, recogido en un moño despreocupado del que se desprenden algunos mechones. No sé de qué color son sus ojos, tampoco el tamaño de su nariz, pero veo su sonrisa y es tan bonita que ilumina esta lánguida mañana. Va vestida con unas mallas negras y una sudadera holgada de color rojo.

Madre mía, ¿dónde has estado toda mi cuarentena?

—Hola.

Su voz me despierta del trance en el que me he sumido para darme cuenta de que llevo un rato mirándola sin decir nada, tiempo en el que ella no ha dejado de sonreír y de observarme. Joder, esto del encierro está afectándome a la cabeza, ya todo lo que tengo delante me parece estar viéndolo en Netflix, y no, ahora mismo no estoy viendo la tele, estoy mirándola a ella.

Y haciendo el ridículo.

—Hola —respondo lo más serio que puedo, tratando que no note mi especie de cuelgue de hace unos segundos.

—¿Cómo lo llevas?

—Tirandillo. ¿Y tú?

—Ahí vamos. Esto es chungo, ¿verdad?

—Y que lo digas. ¿Vives sola?

De repente me doy cuenta de que esa pregunta puede no ser muy apropiada y corro a enmendar mi error.

—A ver, que no es por interrogarte ni quiero que te sientas incómoda, no tienes que responder si no te apetece. Solo es que me aburro, estamos encerrados, vivo solo, no sé qué hacer la mitad

del día, me he visto todas las series que me interesaban en Netflix y... —Su expresión divertida hace que guarde silencio un instante. Me rasco la nuca y sonrío—. Hablo demasiado. Perdona.

—No pasa nada, agradezco la charla. —Suelta una risita—. Aunque tengo que dejarte. Mi madre quiere que juguemos una partida de Trivial.

—¿Tan temprano?

—Son las diez. No es temprano.

Nota mental: chica madrugadora, tenerlo en cuenta.

—Vale, que disfrutes la partida.

—Gracias. Que disfrutes...

—La cuarentena.

Hace una mueca y se encoge de hombros.

—Hagamos lo que podamos.

Se despide con la mano y desaparece de mi campo de visión. Yo permanezco un rato más en la misma posición, mirando su balcón, observando las macetas de flores que lo adornan y, no sé, esperando que vuelva a aparecer o algo así. No lo hace, por supuesto, pero tardo un par de minutos en ser consciente de ello y entrar en casa.

El día pasa lento, para variar. Después de terminar mi trabajo de hoy (teletrabajo) intento llenar las horas libres con series, una película, haciendo algo de ejercicio, comiendo más de la cuenta y conversando por WhatsApp con amigos y familiares a los que echo de menos más de lo que pensaba. Pero cada cierto tiempo (varias veces a lo largo del día, para ser sincero), salgo al balcón y miro abajo, buscándola, esperando encontrarla ahí, asomada, con esa sonrisa que se ha colado en mis pensamientos sin pedir permiso.

Son casi las ocho, uno de los momentos más esperados del día. ¿Que qué hago? Salir al balcón. Innovador, ¿verdad? Dada la situación hay poco más que poder hacer, y desde que a alguien en Italia se le ocurrió que salir a aplaudir a los sanitarios que están haciéndolo todo por nosotros en esta crisis todos hemos adoptado esa actividad como una más en nuestro día a día. Y ha sido así como he conocido a mis vecinos, coincidiendo con ellos a esta hora.

Saludo a Tomás y Mari, que ya están en sus puestos, justo a mi derecha.

—¿Qué tal el día, Marcos?

—Uno más casi pasado, Tomás. ¿Qué tal vosotros?

—Mari ha hecho croquetas, te ha guardado unas pocas.

—¿En serio?

Ella entra al piso y me quedo unos segundos mirando al cielo, sorprendido.

—Nuestro hijo vive en Madrid —susurra Tomás—. Mi mujer está muy preocupada por él. Sara, mi nuera, es enfermera en el Ramón y Cajal.

No dice nada más. No hace falta. Comprendo lo que deben sentir, y eso que yo no tengo a nadie en esa misma situación. La persona que más me preocupa es mi abuela, que vive en una residencia de ancianos, aunque está en el pueblo, y eso, no sé por qué, me da mayor seguridad. Aquí, en la ciudad, parece que la cosa está más complicada que en lugares pequeños.

Mari regresa en este momento y se asoma para darme un tuper. Lleva guantes de plástico. Ve que los miro y se encoge de hombros.

—Por si acaso.

Sonrío y asiento con la cabeza, cojo el tuper y lo dejo sobre la pequeña mesa blanca de plástico que ocupa casi todo mi balcón.

—Muchas gracias, Mari. No era necesario, pero te lo agradezco.

—Tenemos que cuidarnos los unos a los otros.

Vuelvo a sonreírle porque tiene razón.

Nos asomamos al escuchar la voz que viene de arriba. La cabeza de Leo nos sonríe e intercambiamos varias frases contando qué hemos hecho hoy. Llega un momento en que mi mirada vaga por el edificio de enfrente. Hace un buen rato que quería hacerlo, buscarla, volver a verla. Y ahí está, conversando con la que deduzco es su madre. Lleva la misma ropa que esta mañana y está igual de bonita.

Desconecto de la conversación con mis vecinos y me centro en ella, en cómo mueve las manos, en cómo sonríe, en el leve movimiento de los mechones sueltos de su cabello... Me quedo embobado. De repente los aplausos interrumpen mi tontería. Ya son las ocho en punto y, como cada día, nos sumamos a esta iniciativa, nos asomamos un poco al exterior y aplaudimos para agradecer a todos los que nos cuidan la labor que desempeñan. Yo no solo aplaudo a los sanitarios, dentro de mi agradecimiento también hay un hueco enorme para cajeras y dependientes de cualquiera de las tiendas y establecimientos que nos abastecen estos días.

Desvío la mirada hacia abajo para descubrir que me está mirando. Sus labios se curvan en una sonrisa y deja de aplaudir para saludarme con la mano. Le respondo igual.

Ahora mismo me gustaría tenerla delante, frente a mí. Y no a un metro de distancia. Me gustaría estar sentado a su lado en una terraza, sonriendo mientras nos contamos anécdotas, riendo por tonterías y disfrutando de una cerveza fresquita. Me gustaría llevarla a cenar a algún sitio, a bailar después y, quién sabe, puede que me atreviera a susurrarle algo al oído que la hiciera reír, que acariciara su brazo con delicadeza y después fuera tan osado como para tocar su boca...

Dios mío. El confinamiento está siendo demasiado para mí. Todo esto por una chica que no conozco. ¡Ni siquiera sé su nombre!

—Ey.

Me sobresalto y miro hacia abajo. Está allí, mirándome, sonriendo de nuevo.

—Sigues ahí —susurra.

Vale, llevo un buen rato plantado en el balcón. Los vecinos ya se han metido en sus casas pero yo no. La verdad es que no sé por qué, pero siento cierta frustración que me ha obligado a quedarme tomando el aire un poco más. ¿Que qué frustración? La de querer y no poder.

—Necesitaba aire —miento a medias mientras apoyo los brazos en la barandilla—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu excusa?

Me muestra un cigarrillo.

—Joder, me muero por fumarme uno —admito.

—¿No tienes?

—La cosa es que no fumo.

Se echa a reír y mi corazón vibra de forma inesperada. Sonríe antes de explicarme.

—Lo dejé hace años, pero ahora, con toda esta situación, me fumaría un cigarro súper a gusto.

Suspiro y ella desaparece del balcón. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he dicho? Pasan un par de minutos, me dan ganas de meterme en casa aunque no lo hago. Permanezco aquí, mirando su balcón y deseando muy fuerte que regrese. Vuelve de repente. Parece acalorada, con una determinación que no comprendo que la hace moverse con seguridad por su balcón. No sé qué lleva en la mano. La veo dar dos pasos atrás y coger carrerilla, lanza algo que choca contra la pared del piso de abajo y cae al vacío. Los dos nos asomamos para verlo en medio de la acera.

—¿Qué haces? —pregunto confuso.

—Era una prueba. Ahora va el de verdad. Atento, por si tienes que cogerlo al vuelo.

Sonrí y me preparo. Esta tía está algo loca, y me encanta. Repite la acción y lanza el paquetito que lleva en la mano. Mucho mejor esta vez. Me estiro un poco y lo cojo por los pelos. Ella empieza a aplaudir y yo hago un baile del triunfo en el que incluso muevo los brazos como un pollo. Ridículo, lo sé, pero me ha salido solo, no he podido controlarme. Esto ha sido lo más emocionante de los últimos cinco días.

Abro el paquete y descubro varios cigarrillos liados. Iban en una cajetilla de tabaco rebozada en papel de periódico. Parpadeo despacio antes de volver a mirarla. Sonríe. Parece que siempre lo esté haciendo. Es bonito. Ella lo es.

—Gracias —susurro lo bastante alto para que pueda oírme—. Es un detalle. Ni siquiera me conoces.

—Estamos juntos en esto. Solo pretendo facilitarte un poco esta reclusión.

—Dime cómo te llamas, al menos. Si he de darte las gracias me gustaría hacerlo con propiedad.

Suelta una risita que me hace sonreír.

—Mi nombre es Elena.

—Encantado, Elena. Yo soy Marcos.

—Qué nombre tan bonito —dice.

—Gracias por los cigarrillos. No era necesario, pero te lo agradezco muchísimo. —Guardo silencio unos segundos y la miro con determinación—. Ahora, lo mínimo que puedes hacer es fumarte uno conmigo y esperar que no me desmaye si me mareo.

Se echa a reír, pero la veo agarrar el mechero para encender uno. Entro corriendo en casa para buscar el mechero que tengo en un cajón de la cocina, ese que guardo para ocasiones especiales en las que hay que encender velas (normalmente cuando se va la luz, porque yo no soy nada de velas) y vuelvo al balcón con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Sé que el cigarrillo me va a sentar fatal, pero Elena ha conseguido darme algo que llevaba mucho tiempo sin sentir: ilusión.

CAPÍTULO 2

Ya llevamos catorce días. Catorce días encerrados en casa, con el único permiso de salir para comprar víveres o algún medicamento a la farmacia. Catorce días privados de libertad para hacer lo que queramos como pasear, ir a visitar a un amigo, comer con nuestra familia, dar un abrazo a nuestra madre... Eso lo llevo muy mal. Creo que es lo peor de todo, no ver a mi madre. Echo de menos el olor de su casa, la manera en que ese aroma tan particular me recibía cada vez que iba a verla.

Soy hijo único, mi padre se marchó cuando yo era un bebé y nos dejó solos. Mamá no ha hecho otra cosa que trabajar para sacarnos adelante a ambos, y daría mi vida por ella, igual que ella ha hecho matándose a currar para que yo pudiera labrarme un futuro. Gracias a ella fui a la universidad, aunque tuviera que buscarme un curro de fin de semana para sacarme un dinero para mis gastos; mis estudios se los debo a ella, mi carrera, mi vida. Soy diseñador gráfico, trabajo en una empresa de publicidad y me va bastante bien. Ahora en realidad teletrabajo, y no demasiado pues muchos contratos se han visto afectados por todo esto. Tengo veintiocho años, mi propio piso y hago lo que quiero. Espera, me corrijo: hacía lo que quería. Ahora ya no.

Estos días de confinamiento están sirviendo para que vea todo de otra manera. Me planteo las cosas que antes me parecían vitales y esenciales y casi me dan ganas de reír. Ya no me interesa ser el mejor de mi grupo de trabajo, promocionar o tener una paga extra, no quiero tener un móvil caro, me paro a pensar en todas las veces que me quedé en el despacho trabajando hasta tarde y perdiéndome todo lo que había fuera: mi familia, mi gente, mi vida. ¿Ahora? ¿Qué sentido tiene haber desperdiciado todas esas horas que ya no volverán? Lo que daría por haber aprovechado el tiempo de otra manera. Hay momentos que pienso en lo mucho que me gustaría seguir viviendo con mi madre, así podría verla. La echo tanto de menos que he de tragarme el nudo de angustia que me aprieta la garganta cada vez que la llamo por teléfono. Tengo tantísimas ganas de darle un abrazo que hasta me duele el pecho.

Nuestra relación siempre ha sido estrecha. Hemos sido Marcos y mamá desde siempre, nadie más. No ha habido novios en casa, parejas ni personas de fuera que nos acompañaran pues mis abuelos maternos siempre han vivido en el pueblo. Cuando me paro a pensar en el pasado me siento mal por lo egoísta de la situación, porque me doy cuenta de lo sola que ha debido sentirse siempre, aunque ella jamás se ha quejado. “Tú y yo, pequeño, somos tú y yo”. Esa es la frase que más ha repetido a lo largo de mi vida, la que me susurraba cuando volvía llorando del colegio si algún chaval mayor se metía conmigo, la que me decía cuando alguna chica me rompía el corazón y corría a refugiarme en sus brazos, una de las últimas que escuchaba antes de dormirme y la que me tatué en el costado tan pronto como tuve edad y pasta para hacerlo.

Acaricio la piel en la que esas letras están grabadas para siempre. “Tú y yo, pequeño, somos tú y yo”. Lo siguiente que hago es coger el móvil y llamarla. Se alegra de oír mi voz, y eso que hablamos justo ayer por la tarde. No me preocupa que se ponga enferma, mamá es fuerte y es joven, eso no entra dentro de mis miedos. Lo que me aterra que se sienta demasiado sola. Porque mi madre es la persona que más alegría se merece. Se la ha ganado a lo largo de su vida. Ojalá pudiera dársela ahora mismo. Ojalá pudiera hacer que no se sintiera sola jamás, que en su rostro solo hubiera hueco para una sonrisa, unos ojos brillantes por la emoción y arrugas provocadas por

las risas. Por el tono de su voz sé que eso no es así ahora mismo, que me echa de menos tanto o más que yo a ella. Qué imbécil soy, seguro que me echa de menos muchísimo más que yo a ella. Es mi madre, eso va con ella. El querer, el preocuparse, el tener el primer pensamiento del día para mí y el último también, el desear lo mejor solo para mí y después, si acaso, un poquito de bien para ella.

Ojalá pudiera abrazarla ahora mismo para demostrarle lo mucho que la quiero, lo que la extraño y necesito en mi vida. Ojalá pudiera salir a la calle, correr hasta su casa y compensar todos los abrazos que nos hemos perdido en estos catorce eternos días.

Al colgar me quedo algo tocado, como siempre. Me trago la angustia, me pongo una tirita en el corazón y voy a la cocina a por algo de beber. Ayer hice la compra, tengo la nevera hasta los topes. Agarro un refresco y me apoyo en la encimera, dejando que mi mente se llene de recuerdos y de nostalgia.

Una especie de pitido hace que despierte de golpe de mi ensoñación. Viene de mi portátil. Es Skype. Corro hasta la mesa en la que descansa para abrirlo, la pantalla se ilumina y veo de quién se trata.

Con ella llega el cosquilleo, la sonrisa, la emoción...

—¿Hoy no sales?

No saluda, no suele hacerlo. Elena es de las personas que primero preguntan y después ya veremos.

—Estaba hablando con mi madre.

—¿Cómo se encuentra? —se interesa.

Le cuento un poco cómo la veo y al final le digo que tengo muchas ganas de verla. No sé por qué soy tan sincero con ella, no suelo hablar de mi relación con mi madre con las chicas con las que... ¿hablo por videollamada? No sé qué quería decir. Por mi cabeza ha pasado la tontería de que nunca he hablado con ninguna de las chicas con las que he salido de lo mucho que quiero a mi madre y de que haría lo que fuera por ella. Aunque yo no salgo con Elena, ni siquiera nos hemos visto de cerca. Bueno, sí, a través de una pantalla, jamás en vivo. Solo nos relacionamos por el balcón y por Skype o WhatsApp. Pero con ella siento que puedo hablar de cualquier cosa. No sé si se debe al encierro, que me hace ver las cosas de otra manera y lo que antes me parecía importante ahora no lo es tanto. Me da igual hablar de mis sentimientos. Los tengo, son míos, están ahí, ahora más fuertes que nunca dada la situación, ¿por qué no ser sincero y decir que adoro a mi madre, que la quiero con toda el alma? ¿Qué de vergonzoso podría haber en eso? Porque antes sí me lo parecía, vergonzoso, admitir que quiero a mi madre con locura ante otra persona, decir que daría cualquier cosa por que fuera feliz. ¿Ahora? Lo gritaría a los cuatro vientos.

Por eso con Elena no me corto.

Hace seis días que entró en mi vida y ya se ha convertido en indispensable.

La primera noche, en el balcón, después de fumarnos ese cigarrillo (yo no hice otra cosa que toser como un loco, y ella rio tanto que dos vecinos nos pidieron que nos calláramos de una vez), nos intercambiamos los teléfonos. A la mañana siguiente pasé dos horas pensando en si me atrevía a enviarle un mensaje. Fue ella la que mandó el primero, abriendo el camino entre nosotros. Después, fui yo el que hizo la primera videollamada. Quería enseñarle la lasaña que me había preparado para comer.

—Es congelada —dijo mientras me miraba con una ceja levantada. Una ceja castaña que enmarca los ojos marrones más bonitos que he visto nunca.

Ahora ya sé de qué color son, y cómo es su boca, y el tamaño de su nariz...

—Tienes la caja de Findus ahí, en la encimera.

—¿Y qué pasa? —pregunté aguantando la sonrisa.

—Me has llamado para enseñarme la lasaña que te habías preparado para comer. ¡Pensaba que la habías hecho tú!

Estallé en carcajadas.

—Si la hubiera hecho yo habrías visto salir humo por mi balcón.

Se echó a reír y me dijo que era un capullo. Yo sonreí tanto que me dolieron las mejillas.

Desde entonces las videollamadas han estado a la orden del día. Me importa una mierda que desde las compañías telefónicas nos pidan que disminuya el consumo de datos. A mí ya nadie me quita estos ratos con Elena. No puedo tenerla cerca, así que al menos puedo hablar con ella y pretender que no hay distancia entre nosotros.

Ahora mismo la observo. Se pasea por su piso mientras me cuenta que esa mañana su madre se ha despertado con algo de tos y que está preocupada. La calmo y le digo que será solamente eso, algo de tos, que no le dé más vueltas.

—Si alguien me hubiera dicho hace un mes que iba a estar preocupada por la tos de mi madre me habría dado la risa. Ya sabes que entre nosotras no nos llevamos del todo bien, pero... —guarda silencio un instante y susurra—: La quiero, ¿sabes? No podría soportar que nada malo le pasara.

—Lo sé. Y nada malo le pasará, ya lo verás.

Respira hondo y veo que se deja caer sobre la cama.

—No sé qué haré cuando esto acabe —admite tras unos segundos en silencio—. Yo tenía un trabajo que ya no tengo, vivía en otra ciudad y vine para cuidar de ella. Cuando podamos regresar a la normalidad... ¿qué haré, si mi normalidad ya no existe?

—Siempre puedes volver a donde estabas antes —digo intentando que mi voz no refleje la preocupación que siento.

Por ella, porque no quiero verla triste, y por mí, porque no quiero que se vaya a ningún lado.

—No lo sé, Marcos. No tengo ni idea de qué haré entonces. Ahora mismo solo tengo ganas de auto-compadecerme.

—Ah, no, de eso nada. La autocompasión está prohibida en tiempos del coronavirus. ¡Levanta de ahí!

Me mira sorprendida. Yo me pongo de pie y la insto a hacer lo mismo.

—¿Qué pretendes? —pregunta sin moverse de la cama.

—Vamos a bailar.

—¿Qué? —exclama.

Pero sonrío. Y eso es justo lo que yo quería. Porque verla sonreír es lo mejor de mi cuarentena, es algo sin lo que ya no puedo vivir y que se ha convertido en una especie de droga que me da fuerzas para aguantar un día más.

—Vamos a bailar —repito—. Dame un momento para que busque algo...

Toqueteo el mando de la televisión, busco en la *smart tv* y pongo Youtube. A los pocos segundos, las primeras notas de Baila conmigo, de Dayvi, inundan mi salón. Subo el volumen al máximo.

—¿Lo oyes desde allí? —pregunto.

—Claro que lo oigo, todo el vecindario también.

—Sal al balcón —digo conforme yo mismo lo hago.

Veo que ríe, chasquea la lengua y se incorpora de la cama. La espero en el balcón con el

ordenador ya olvidado sobre la mesa del salón. Sale con el móvil en la mano, que abandona en una repisa en cuanto me ve.

—¡Estás loco! —grita.

Yo no le hago caso, porque estoy bailando por el balcón como... sí, como eso, como un loco. Y me da igual, porque la veo haciendo lo mismo, moviéndose a saltos al ritmo de la música, con esa sonrisa que no quiero que pierda y agitando las manos en el aire de forma desacompañada.

La canción termina y los Black Eyed Peas continúan amenizándonos el rato con Ritmo. Bailamos, saltamos, reímos y nos asomamos a los balcones para gritarnos que podemos con esto.

—¡Tú puedes, Elena! —exclamo, mirándola.

—¡Tú puedes, Marcos!

Me señala con el dedo, se lleva la mano a la cabeza y deshace la coleta que llevaba, consiguiendo que la melena se derrame por su espalda. Sigue bailando y su pelo rubio se mece de lado a lado, hipnotizándome, consiguiendo que deje de moverme para centrarme en mirarla. Lo que daría por estar ahí, en su balcón. Por cogerla de las manos y mecarme con ella, a su ritmo. Por sentir su risa de cerca y ver el brillo real de sus ojos. Por notar su calor.

Unos segundos después se da cuenta de que ya no bailo, se apoya en la barandilla para recuperar el aliento antes de colocarse el pelo tras las orejas. Reposo la barbilla en las manos y se me queda mirando.

No hablamos, no decimos ni media palabra mientras dejamos que los minutos transcurran.

Hay silencio.

Hay una conexión.

Hay un acercamiento en la distancia.

Hay... magia.

Hasta que su vecino aparece en el balcón para hacer sus ejercicios matinales diarios. Nos saluda con alegría y la magia desaparece. Elena se despide con la mano y yo entro en casa con una sensación extraña en el estómago.

No porque sea mala, sino porque no entiendo qué hace aquí, por qué me siento así en estos momentos y, lo peor de todo, qué voy a hacer con este cosquilleo que se planta en mi estómago cada vez que la veo.

Ella.

Esa que ahora encuentro tan lejana.

Tan inalcanzable.

Tan imposible.

CAPÍTULO 3

Ya van treinta días.

Y ha llegado el momento en que me vuelvo del todo loco gracias a este confinamiento.

Me voy a rapar la cabeza.

Que sí, que sí. Que su tamaño se ha duplicado, que parezco uno de los Jackson 5 y no puede ser.

—Pero ¿tú estás seguro de esto?

Miro a Elena, que no me quita ojo de encima.

Desde la pantalla, claro.

Tengo la tablet apoyada en el mueble del baño. La veo a ella, pequeñita, en la esquina superior derecha. Tiene cara de preocupación, y me parece bastante normal. Yo no me he cortado el pelo en la vida.

Joder. Esto puede ser épico.

Pese a estar cagado, trato de calmar a Elena.

—Tranquila, el pelo vuelve a crecer.

—Ya lo sé, Marcos. Pero a mí me gusta tu pelo.

—Sí, claro.

—Oye, que te lo digo en serio. Me gusta ese volumen que has ido ganando con los días. Te hace parecer... —Se queda en silencio unos segundos, hasta se toca la barbilla mientras piensa. Yo espero, paciente, porque sé que va a decir alguna tontería y tengo ganas de escucharla—. ¿Sabes el de LMFAO?

—Elena...

—¡Espera! El futbolista ese... ¿Cómo se llamaba?

Frunzo los labios y la miro fijamente, ella sigue hablando y moviendo una mano en el aire.

—Ese de Colombia, que encima lo lleva rubio... Joder, soy malísima con los nombres. ¿Sabes quién te digo?

Pongo los ojos en blanco y ella se echa a reír. Claro que sé quién dice.

—Me parto contigo, Elena. De verdad.

Sus carcajadas casi hacen eco en mi cuarto de baño. Se me curvan las comisuras de la boca porque me gusta mucho que su risa suene en cualquier rincón de mi casa. Ojalá lo hiciera a todas horas.

—Venga, no me hagas reír, que me desconcentro.

Agarro la maquinilla y me miro en el espejo.

—Oh, Dios mío, que te vas a esquilar de verdad.

La miro de reajo y veo que se cubre el rostro con las manos. Hablo con la boca pequeña, concentrado en lo que voy a hacer y sin moverme.

—Calla, que como esto salga mal será culpa tuya.

Se ríe otra vez, entre nerviosa y divertida. Ya reconozco sus expresiones. Sé cuando la risa es provocada por los nervios, y cuando simplemente es por diversión. Y ahora reconozco que hay más de lo primero que de lo segundo. Si sirve diré que yo me siento igual. Es la primera vez que voy a hacer algo así y estoy acojonado. Puedo terminar con la cabeza como un cuadro de Picasso.

Sé que antes he dicho que no pasaba nada, que el pelo vuelve a crecer, pero... joder...

Noto cómo me sudan las manos y siento los latidos de mi corazón en los oídos.

Nervios es poco.

Observo mi reflejo en el espejo e intento concentrarme. Sentir a Elena mirándome fijamente no ayuda una mierda. Está transmitiéndome todas y cada una de sus malas vibraciones. La tía no se fia de mí. Hay que joderse. Aunque... en realidad yo tampoco.

Pero lo voy a hacer. No puedo seguir con estas pintas.

—Voy a hacerlo —digo en alto para hacerlo más real.

—Madre mía... vas a hacerlo... —murmura Elena.

Por el rabillo del ojo observo que se ha cubierto la cara con las manos de nuevo.

—¿No quieres verlo?

—¿Puedo grabarlo?

Aparto la mirada del espejo y me vuelvo hacia la tablet.

—Ni se te ocurra grabarme.

Se echa a reír.

—Vale, vale, pero sería un vídeo genial para compartir con la familia y los amigos.

—Sí, y con el resto del país. Sé que lo compartirías con todos tus contactos. Estás muy enganchada a los memes de la cuarentena.

No dice nada porque tengo toda la razón del mundo.

—Venga, a callar —exclamo volviendo a mi posición—. Voy a hacerlo. Ahora sí que sí.

—Joder...

Lo susurra muy bajito, tanto que lo ignoro y finjo no haberla escuchado. Me centro en mi reflejo, tomo aire profundamente y acciono el botón de encendido. El zumbido de la maquinilla inunda el cuarto de baño e interrumpe mi respiración. Sé que Elena también la está aguantando. Creo que sigue sin mirarme, con las manos tapándole los ojos para no ser testigo de la locura en la que puede convertirse esto.

No lo pienso más y me paso la maquinilla por la cabeza. A tomar por culo, bicicleta. Que sea lo que tenga que ser.

Hasta cierro los ojos conforme recorro mi cráneo de arriba abajo.

Jamás había usado un aparato de estos, pero he pensado que lo mejor es que la zona superior la deje al dos y el resto se quede al uno. La cuestión es que no tengo ni idea de cómo limitar las zonas, así que, tal y como he empezado, seguiré improvisando.

No me detengo, no aparto la mirada ni una sola vez de mi cara en el espejo. Me concentro y sigo cortándome el pelo. Ni siquiera lanzo un vistazo a Elena, aunque sé que todavía está ahí. Puedo sentirla.

El suelo se va llenando del pelo que he acumulado durante esta larga cuarentena. Hacía casi dos meses que no me lo cortaba, jamás había aguantado tanto. Y no podía más.

Pocos minutos después me quedo mirando al chaval que me observa desde el espejo.

—Joder, parezco otro.

—Estás...

La voz de Elena casi me sobresalta. Llevaba tanto sin hablar que no me la esperaba tan de repente. La miro y sonrío.

—¿Te gusto?

Enseguida reparo en la pregunta que acabo de formular y en lo que significa. Bueno, en realidad me causa un vértigo raro la respuesta que ella pueda darme. Un calor repentino me trepa

por la espalda. Elena guarda silencio, me observa inexpresiva. El calor se extiende a mi rostro. Mierda.

—Estás guapo —suelta de repente, haciendo estallar la tensión que he acumulado en los hombros estos escasos segundos de mutismo.

Suelto el aire y me recompongo.

—Ya lo estaba antes —digo haciéndome el interesante, y el despreocupado, eso también.

—No lo niego. Aunque en realidad, ahora, estás más guapo.

—Si sigues diciéndome eso acabaré creyéndomelo.

Suelta una risita y veo que apoya la barbilla en una mano.

—Ya te lo tenías creído antes, Marcos.

—¿Yo? ¿Cuando parecía un Jackson 5? Qué cosas dices, Elena.

Se echa a reír y vuelvo a mirarme en el espejo.

—No ha quedado mal del todo, ¿no?

—Si te soy sincera me temía algo muchísimo peor. Me esperaba... no sé, algún trasquilón o una calva o... yo qué sé.

—Joder, qué maravilla —ironizo.

Ríe más alto y se me escapa la sonrisa. En un rápido movimiento me saco la camiseta por la cabeza, me pica la espalda por culpa de los pelos que me recorren la piel. Necesito ducharme.

Un carraspeo llama mi atención. Miro a Elena.

—¿Hola? —pregunta mientras mueve la mano en el aire, como saludándome.

Frunzo el ceño y la miro.

—Hola... —respondo sin saber qué pasa.

—¡Que te estás despelotando delante de mí, Marcos!

—No exageres, mujer, que solo me he quitado la camiseta. No me digas que es la primera vez que ves un torso masculino porque no me lo creo. Sé que el mío quita el hipo, pero...

—¡Idiota!

Me echo a reír y ella hace un mohín indignado.

—Voy a ducharme, Elena. ¿Quieres quedarte? Porque puedo hacerte un hueco de excepción justo en la repisa del champú. Las vistas desde ahí serán espectaculares.

Muevo las cejas arriba y abajo, se echa a reír y me llama capullo.

Adoro que lo haga, sobre todo cuando sé que lo dice en broma y que es provocado por una de mis tonterías.

—Será mejor que cuelgue —dice sin borrar la sonrisa—. No quiero presenciar nada que no deba ver.

—No lo ves porque no quieres —añado con sorna.

—Marcos...

—Ya me callo, ya.

Nos reímos y agunto el suspiro que me nace en el pecho porque cada vez que reímos juntos las ganas de tocarla se multiplican.

Ojalá poder tenerla cerca.

—¿Hablamos luego? —pregunta.

—Claro, cuando quieras, ya lo sabes.

Asiente despacio y veo que su mano se dirige a la tecla para cortar la llamada. La detiene de repente.

—¿Marcos?

—¿Sí?

Se queda en silencio, me observa. Qué bonita está. Qué bonita es.

—Me gustas —susurra tan bajito que casi pienso que lo he imaginado.

Pero no. Lo ha dicho.

Trago saliva con esfuerzo. No me esperaba esta especie de confesión. Hago lo único que puedo hacer porque no quiero que esto se vuelva incómodo, pregunto una tontería:

—¿Con el pelo corto?

—No, ya me gustabas como un Jackson 5.

Sonrío y un cosquilleo muy tonto se me planta en el estómago.

—Estás haciendo mejor mi confinamiento —dice mirándome con fijeza—. Me haces reír todos los días, incluso los que despierto pensando que nada conseguiré sacarme una carcajada. Tú lo haces, Marcos. Eres jodidamente especial para mí, tanto que a veces me dan ganas de salir a la calle y colarme en tu portal, subir hasta tu piso, llamar a la puerta y abrazarte hasta dejarte sin aliento cuando la abras.

Mi corazón se ha parado por un instante.

—Gracias —susurra con los ojos brillantes.

—Lo hago porque quiero, no tienes que darme las gracias. Es algo que ya forma parte de mi día a día, Elena. Tú formas parte de ellos. Ya no puedo imaginar despertarme una mañana y que no seas tú la primera a la que veo... aunque sea a través de una pantalla.

Guardo silencio porque creo que estoy hablando demasiado. Aunque por otro lado... hay tanto que quiero decirle...

A la mierda. Las compuertas se han abierto.

—Ojalá pudiera tenerte cerca —confieso.

—Ojalá pudiera tocarte.

Lo ha dicho. No lo he imaginado. Y esta vez ha sido con voz alta y clara. Me mira con sus preciosos ojos marrones y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Ojalá pudiera abrazarte, Marcos.

—Yo no podría dejarlo solo ahí —admito, y agarro la tablet para acercarme más a ella en una especie de necesidad de demostrarle que lo que digo es verdad.

Me quedo en silencio, mirándola, bebiéndome su rostro que ahora me parece más dulce y bonito que nunca.

Dios mío, cómo me gustaría acariciarle la mejilla ahora mismo. Apartarle el pelo de la cara y colocarlo con delicadeza tras sus orejas. Dejar que mis dedos pasearan por su boca aunque temblaran tanto o más de lo que tiemblan en este momento.

—Me muero por besarte —susurro a la vez que una de mis manos viaja a la tablet y finge que es su rostro el que acaricia y no una fría e impersonal pantalla.

—Te acariciaría el pelo mientras ese beso durara —murmura.

—Mis pulgares pasearían por tus mejillas.

Respira hondo y sonrío, acercándose más para susurrar:

—Acariciaría tu espalda, despacio, sin prisas, atrayéndote a mí como tantas veces he imaginado estos días.

Tengo que tragar saliva porque la cosa está poniéndose... complicada.

¿Solo yo me estoy acalorando?

—No sé si metería la pata —confieso—, pero con todas las ganas que tengo acumuladas es bastante probable que mis manos terminaran en tu trasero. ¿Te enfadarías?

Suelta una risita y ya no sé si es que me estoy volviendo tonto con esta conversación, pero me da la impresión de que sus ojos brillan más. Vivos como nunca.

—¿Sabes qué, Marcos?

Se queda en silencio y la incertidumbre hace que me acerque todavía más a la pantalla. A mi corazón se le queda pequeña mi caja torácica, golpea sus paredes inquieto, como queriendo salir de ahí. Trago saliva y espero impaciente sus próximas palabras.

—No me enfadaría en absoluto.

Y de repente una sonrisa pícaro y desconocida se instala en su hasta ahora dulce rostro para convertirlo en la imagen con la que sé que voy a soñar esta noche. Elena tiene un punto travieso en el que hasta ahora no había pensado. Joder, y me encanta.

—Elena... esto es raro.

—Toda la situación lo es, Marcos.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—¿Esperar?

—Y una mierda —exclamo con vehemencia—. Ven.

Suelta una carcajada.

—¿Qué dices?

—Que vengas. Solo tienes que cruzar la calle, yo estaré atento y abriré la puerta para que puedas subir enseguida. Nadie se enterará. Necesito verte.

—No lo estás diciendo en serio —titubea y sé que se lo está planteando.

Los acontecimientos se han desarrollado de forma inesperada, de ahí está salida repentina por mi parte. Claro que lo digo en serio, jamás había hablado más en serio en mi puñetera vida.

—Hace días que sueño con verte, con tenerte cerca, con poder tocarte, Elena. Necesito saber a qué hueles, como de suave es tu piel y... joder, lo voy a decir, ya me importa una mierda. Necesito besarte, Elena. Me quema por dentro la urgencia de tu boca.

Parpadea y se moja los labios con la lengua. Sé que se trata de un acto inocente, pero no es lo que mejor me viene ahora mismo.

—Marcos...

La realidad se va abriendo paso poco a poco y comienzo a ser consciente. Respiro hondo y calmo a mi corazón alborotado. Muevo la cabeza arriba y abajo varias veces y la miro fijamente.

—Tienes razón, perdona. Me han podido las ganas.

—No pasa nada, yo siento las mismas.

—Acabamos de confesar algo en lo que llevaba días pensando y me moría por tenerte aquí, conmigo.

—Me muero por estar allí contigo, Marcos. Ni te lo imaginas —dice con determinación—. Pero tengo a mi madre, ¿recuerdas?

—Lo sé, lo sé. Se me ha ido la pinza.

—Adoro tus idas de pinza —susurra conforme sonrío.

—No dejes de hacer eso —le pido de repente.

—¿El qué?

—Sonreírme, Elena. No dejes de sonreírme porque me das la fuerza que necesito para soportar esto.

Su rostro se dulcifica y ladea la cabeza.

—No lo haré.

Suspiro, muy fuerte, casi demasiado. Ella se echa a reír al otro lado.

—Será mejor que te des una ducha. Puede que fría sea mejor.

Me echo a reír y me acompaña. Ya lo he dicho hace un rato, pero seré un pesado y me repetiré. Ojalá sentir nuestras risas juntas en todos los rincones de esta casa. Pero risas que compartan el aliento, que estallan en la piel y van seguidas de besos y caricias que lo queman todo a su paso.

Vale, sí necesito una ducha fría.

—Será mejor que me quite todos estos pelos de encima —digo frotándome la espalda—. Me pica la piel.

—Hablamos luego, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Los dos nos quedamos callados varios segundos pero no dejamos de mirarnos.

—Cuelga, Marcos —suelta poco después con una de esas suaves sonrisas que son tan suyas.

—Me niego a hacer la tontería de “cuelga tú; no, cuelga tú”.

Ríe tan alto que hasta echa la cabeza hacia atrás. Cuando vuelve a mirarme su sonrisa es tan amplia y tan hermosa que agita el cosquilleo que se me aloja en el estómago.

—Hasta luego, Marcos.

—Hasta pronto, preciosa.

Sonríe una última vez y se despide con la mano.

Cuelgo yo. No porque quiera, sino porque si no lo hago ya seré incapaz de hacerlo en un buen rato.

Me miro en el espejo y sonrío. Madre mía, ¿quién se esperaba esto?

CAPÍTULO 4

El que inventó esto no debió pensar que íbamos a utilizarlo durante tanto tiempo. No puede ser más incómodo. Llevar mascarilla es infernal. Duelen las orejas, molesta en los ojos y a mí me da un calor de la muerte. Pero nuestro querido gobierno recomienda su uso, y no hay más que salir a la calle para ver que todos los que la pisan llevan una.

Miro a un lado y a otro, agarro la bolsa con más fuerza y comienzo a caminar. Llevaba varios días sin salir, metido en casa y terminando con las provisiones. Hasta que ha llegado un momento insostenible: no me quedan cervezas. Así que voy a solucionar eso. Se trata de un bien de primera necesidad, y si alguien lo duda lo defenderé a capa y espada. Es lo que me salva de perder la cabeza. La cervecita de las siete y media con la videollamada de amigos es lo que me mantiene medio cuerdo (que no por completo porque creo que en esta situación pocas personas lo están; el que no siente que se le caen las paredes encima, está aguantando a sus hijos pequeños; el que tiene todo el tiempo del mundo para sus cosas se encuentra muy solo... en fin, cada uno con lo suyo). Desde hace cosa de tres semanas la videollamada grupal se ha convertido en una cita ineludible. No lo habíamos hecho antes, la verdad, nos llamábamos, escribíamos en el grupo de WhatsApp, alguna videollamada individual... pero ninguna colectiva. Y nos devolvió algo de la fuerza que habíamos perdido durante este largo confinamiento.

Cincuenta días, señores, cincuenta ni más ni menos. Si hace un año alguien me hubiera dicho que algo así sucedería no me lo habría creído. Es que me hubiera reído en su cara. Llevamos cincuenta días reclusos en casa. Hay quien sale a trabajar, pero yo no, solo a comprar. Siendo sinceros, el teletrabajo es una mierda, porque en casa no me concentro como en el despacho, sin embargo, evito riesgos innecesarios. Aunque la verdad es que echo de menos a mis compañeros, el ambiente, la máquina de café e incluso a mi jefa. En realidad acabo de verla hace veinte minutos en la reunión semanal online de todos los lunes. Pero no es lo mismo verse a través de una pantalla. En absoluto.

Suspiro conforme sigo caminando. Claro que no es lo mismo. Echo de menos el contacto físico, la cercanía de las personas, las reuniones, la vida social... Echo de menos las terrazas, los partidos de fútbol de los domingos, las quedadas para ir al cine. Echo de menos todo lo que antes me parecía normal pero ahora es tan... imposible... y me provoca una nostalgia que parece hasta irreal. ¿Cómo se puede echar de menos ir al cine cuando antes se trataba de algo cotidiano? ¿Quién me iba a decir a mí que echaría tantísimo de menos quedar con mis amigos a tomar una puñetera cerveza en una terraza? Incluso con su falta de puntualidad, esa que me sacaba de quicio en cada quedada. Es que ahora me daría igual que llegaran tarde, me importaría una mierda tener que esperar media hora, solo querría que llegaran, porque eso significaría que estamos juntos.

Madre mía, tanto aislamiento social ha afectado a mis emociones. Nunca imaginé que sería tan moñas. Pero es la puta verdad: echo de menos a mis amigos, a mi gente, mi antigua normalidad.

¿Algún día regresará? Eso que teníamos, lo que creíamos normal y que, de repente, un día, cambió por culpa de un virus que paralizó el mundo. Ese virus que modificó nuestras vidas y nuestra forma de pensar.

Agito la cabeza, no quiero darle vueltas a esto ahora que ya bastante runrún llevo cada vez que veo las noticias. Estoy llegando al súper, será mejor que me centre en lo importante: localizar los

productos que quiero y necesito, y conseguirlos. Algunos escasean y no quiero que me los quiten delante de mis narices. Yo sin cervezas no me vuelvo a casa.

Treinta minutos después salgo del establecimiento, triunfante y cargado como una mula. Cervezas: conseguidas, macarrones: conseguidos, fruta: conseguida, galletas de chocolate: conseguidas, carne y un poco de pescado: conseguidos. Y una cosa más que es una estupidez, pero me ha recordado a ella. La realidad es que no sé por qué lo he comprado, porque no tengo ni idea de qué voy a hacer con esto. Lo miro un segundo y lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta, para comenzar a caminar de vuelta a casa.

Sé muy bien por qué lo he hecho. Porque le gusta, porque lo nombra muchas veces, porque dice que le recuerda a tiempos mejores, a cuando era una niña y su padre se lo compraba los domingos...

Poco después paso junto a su portal y detengo mis pasos. Respiro hondo mientras observo el número que lo preside. Sé cuál es su piso, podría subir y... Agito la cabeza para alejar ese pensamiento. ¿Cómo voy a presentarme en su puerta? Podría, pero no sería la mejor idea del mundo, sobre todo porque no querría marcharme. Me encantaría entrar, abrazarla y besarla como hacían en las películas en blanco y negro.

Mientras pienso en tonterías, la puerta se abre y un vecino sale. Algo se apodera de mí porque no lo pienso ni un segundo más, corro y me cuelo en el edificio.

El corazón me late a toda velocidad. Siento que estoy haciendo algo que no debo. Si me pilla alguien pueden denunciarme. Joder. Pero qué sensación la de hacer algo prohibido, qué subidón de adrenalina. No me detengo, miro a los lados y, sin más dilación, llamo al ascensor con el codo, cuidadoso. Una vez dentro, conforme se eleva, me acojono. Soy consciente de lo que estoy haciendo y de lo que significa. No quiero darle problemas a Elena ni que se cabree conmigo por esto; lo que quiero es verla y aspirar su aroma, acariciarla y abrazarla con tanta fuerza que nos quite a los dos el aliento. Mientras llego a su piso soy más consciente de que nada de eso va a suceder. Aunque, ya que he estoy aquí, seguiré adelante con el plan inicial.

Joder... qué ida de pinza, Marquitos...

Dejo las bolsas apoyadas en el suelo, justo al lado del ascensor, y saco lo que llevo guardado en el bolsillo. Localizo su apartamento. Me acerco conforme busco un papel que pueda servir a mis deseos. Hay que joderse, no llevo ninguno en los bolsillos, por lo que deshago mis pasos para buscar el ticket de la compra. No es lo más bonito del mundo, pero a grandes males, grandes remedios. Es una suerte que siempre lleve un bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta. Llamémoslo defecto profesional. Me gusta dibujar. A veces en cualquier parte. Este boli me salva cuando las ganas de pintarrapear un papel me invaden en el bus o en algún bar.

Garabateo unos instantes y envuelvo el huevo Kinder con el ticket, lo dejo con cuidado sobre el felpudo y empiezo a andar hacia atrás, de vuelta al ascensor sin pensar más en lo cerca que la tengo. No quiero darle vueltas a eso ahora. No, porque me queman las ganas y cometería una tontería. Si su madre no estuviera tras esa puerta ninguna de estas dudas danzarían por mi cabeza. Hace tiempo que hubiera cruzado la calle para colarme en su casa. Sin embargo, las cosas están así y he de respetarlas.

Suelto un suspiro conforme las puertas del ascensor se cierran y agarro con más fuerza las bolsas, deseando llegar abajo para abandonar el edificio. Me dirijo al mío, con prisas, para meterme en casa y olvidar la compra en un rincón. Saco el móvil y la llamo. Me cosquillean las manos.

—Marcos —responde al otro lado.

—Buenos días, bonita. ¿Qué tal llevas la mañana?

—He hecho yoga. Bueno, lo he intentado. Es complicadísimo.

—¿Llevas mallas?

Suelta una carcajada que me hace sonreír.

—Llevo mallas —informa—. Viejas y con agujeros. Te encantarían.

—Seguro que sí. Oye, Elena, creo que deberías salir al rellano y ver lo que hay en tu felpudo, antes de que algún vecino lo descubra y se lo quede.

—¿Qué?

—Hazlo. Por favor.

No pregunta más. Oigo que se mueve y sus pasos, el sonido de una puerta al abrirse y silencio.

—¿Has...?

Empieza la pregunta pero la deja bailando en la nada.

—Es una tontería —susurro un poco nervioso porque en la nota...

—Marcos, madre mía. Has estado aquí.

—Ahora mismo.

—¿Qué dices?

—Acabo de entrar en mi casa hace diez segundos.

—Oh, joder.

Se queda callada un rato, que aprovecho para salir al balcón y esperarla. Porque sé que lo hará, que en cosa de minutos estará ahí y podré ver su sonrisa. Y algo me dice que esta vez será más radiante. Los nervios que tengo enredados en el estómago me dejan claro que la tontería de ir a su casa está a punto de dar sus frutos.

—Podrían haberte pillado —murmura al fin.

—¿Quiénes? ¿Tus vecinos? Menuda multa me habrían puesto.

Suelta unas risitas. No aparto los ojos de su balcón.

—Marcos, estás muy loco.

—Tienes razón. Mucho. Por ti.

—Ay... Marcos...

Y ahí está. En el balcón.

Sale con el móvil pegado a la cara, sonriendo, con el pelo suelto cubriendo parte de su rostro. Lo aparta con la mano libre y levanta la mirada hacia mí. Ladea un poco la cabeza y... tres, dos, uno... ahí llega, la sonrisa más bonita del universo, porque el mundo ya se le ha quedado pequeño.

Lo noto expandirse, cómo paraliza un segundo mi corazón para luego hacer que lata deprisa, siento que llega al estómago y lo pone del revés. La sensación es más fuerte cada día que pasa, a cada momento que vivimos juntos, aunque sea en la distancia. Sé que crece, que hay poco que pueda hacer ya por pararlo y que, irremediamente, estoy perdido. Perdido en ella. Loco por perderme con ella. Esa palabra de cuatro letras que se ha colado en mi interior y lo ha convertido todo en desastre es culpa de la preciosa chica rubia que ahora mismo me observa desde el otro lado de la calle, apoyada en la barandilla de su balcón y que sonrío con tantísima calidez que podría derretir todos los glaciares que quedan en este planeta.

Las palabras que nos decimos a continuación no son en voz alta, nadie las escucha puesto que solo nuestros labios se mueven para que podamos leerlos.

—Gracias —me dice.

—No hay de qué.

Asiente despacio y se me queda mirando. Me muestra el móvil, agitándolo en el aire en un

claro signo de que quiere que le haga caso. Ni siquiera habíamos colgado la llamada, seguía ahí, esperándonos.

—La nota es preciosa.

—Tú lo eres.

—Tonto... Me refiero a que no tendrías que haber hecho algo así solo para decirlo. Hablamos todos los días, ya hay esto entre nosotros... lo que sea que tenemos.

—Quería hacerlo. Me apetecía. Y hubiera hecho mucho más, ya lo sabes.

—Decir que soy la razón por la que aguantas un día más y que te mueres por abrazarme es más que suficiente.

—No lo creo —bufo—. Ya sabes que para mí, contigo, en esta situación, nada es suficiente.

—Ay, Marcos... ¿qué voy a hacer contigo?

Guarda silencio unos segundos, pensativa. Como si necesitara un poco de tiempo para dar el siguiente paso, para atreverse.

—¿Sabes qué?

Niego con la cabeza. Embobado, alelado, hipnotizado.

—Me parece que te quiero.

Por un par de segundos todo se ha quedado muy quieto dentro de mí, paralizado, para ponerse a saltar como loco de repente, intensificando el desastre que ya sentía. Transformando mi interior en una puta revolución.

—Bueno, en realidad no es que lo crea —continúa sin quitarme ojo de encima—, ya lo sé hace un tiempo. Pero es algo que no se dice cuando jamás has estado físicamente con la otra persona, ¿no crees? Porque... joder, esto es una locura...

La última frase la ha dicho muy bajito, perdiendo intensidad en cada palabra que pronunciaba.

—Elena... ¿qué más da que nunca hayamos estado juntos? ¿Qué importa la distancia que nos separa ahora cuando será la que nos una el día que podamos ponerle fin a todo esto? ¿Qué puedo responderte cuando me enamoré de ti en el momento en que te vi por primera vez en ese balcón y me saludaste tímidamente con la mano?

Su sonrisa tiembla y veo que se limpia la mejilla en un rápido movimiento.

—¿Estás llorando?

—No es nada. Son lágrimas de las bonitas.

—Tú sí que eres bonita.

—Quiero abrazarte, Marcos. Ahora. Lo necesito tanto.

—Pronto, nena.

—Oh, Dios, ¿eres de los que llaman nena a las chicas?

Se echa a reír a carcajadas y me contagia.

—Nunca lo había hecho, la verdad —admito todavía entre risas—. ¿Prefieres cuchufleta?

Ríe todavía más, el eco de su risa inunda la calle y alborota mi corazón. Mi revolución.

—Llámame como quieras, Marcos, pero nunca dejes de hacerlo.

Me quedo callado, digiriendo esta última frase que de forma tan despreocupada quiere decir tanto. Que quiere decirlo todo.

—Nunca, nena. Y ojalá pueda susurrártelo al oído muy pronto.

—Ya sabes lo que dicen, un día más es un...

—¡No lo digas! ¡Ni se te ocurra!

Sus carcajadas impactan en las paredes de los edificios de nuevo, me hacen sonreír y diría que incluso babear. Menos mal que ella, desde donde se encuentra, no puede apreciarlo.

—Me encanta que odies las frases y los símbolos de la cuarentena —dice sin dejar de reír.

—Si oigo una vez más el maldito Resistiré me tiraré por el balcón.

—Exagerado...

—Sabes que no. Exagerados son los del sexto, que la ponen todos los puñeteros días después del aplauso de las ocho. No es necesario. Ya nos la sabemos. Llevamos casi dos meses encerrados repitiendo las mismas canciones. ¿No se puede innovar un poquito?

—Me encanta cuando te pones gruñón.

Guardo silencio y afilo la mirada. Me muerdo el labio inferior conforme la observo.

—Anda, cómete el chocolate antes de que se derrita. El gruñón tiene que recoger toda la compra.

—Gruñón y enfadica. Adorable.

Le hago un pequeño corte de mangas que la hace reír muy alto. Sí soy un poco gruñón y de mecha corta, qué le vamos a hacer. Ella me conoce bien, tan bien que sabe que tiene la capacidad de tocarme las narices con comentarios como ese y hacer que reaccione de esta manera. Porque yo seré gruñón, pero ella es una tocapelotas profesional. Una tocapelotas maravillosa a la que adoro y le permito todo. Una tocapelotas que me tiene encandilado.

Mi tocapelotas. Mi pequeña gran revolución. Mi chica. Porque lo es. Acabamos de admitir lo que sentimos el uno por el otro y aquí estamos gastándonos bromas sin que nada haya cambiado. ¿Es o no es mi chica? No quererla sería lo raro.

—¿Tienes ganas de una videollamada? —pregunta antes de que me dé la vuelta para entrar en casa.

—¿Sexy?

—Claro, todavía llevo las mallas agujereadas de antes.

—Oh, madre mía... Eso quiero verlo. Ve dándome detalles sobre dónde exactamente se encuentran esos agujeros.

En serio, que nunca me falte su risa.

CAPÍTULO 5

Nunca me habían sudado tanto las manos.

Jamás mi corazón había latido tan rápido.

Creo que me va a dar un infarto.

Respiro hondo, expulsando el aire de forma exagerada por la boca. Miro hacia arriba. Las ramas de los árboles se mecen de lado a lado, haciendo que la luz del sol de esta tarde de finales de mayo las atraviese en cada movimiento. Trago saliva y froto las palmas de mis manos en el vaquero por enésima vez en un tonto reflejo puesto que llevo guantes y no sirve de nada.

De repente un carraspeo a mi espalda. Me giro y el tiempo se detiene.

—Hola, Marcos.

Ni respondo ni gestiono la situación. A la mierda más absoluta.

De una rápida zancada avanzo hasta ella, la agarro por la cintura y la aprieto contra mí con toda la emoción que recorre mis venas. Es un impulso, pero llevaba tantísimo tiempo controlándolo que ya no podía más.

Entierro la nariz en su cuello, como siempre he querido hacer, y aspiro para descubrir el aroma más adictivo del mundo. Algo afrutado y fresco que se acaba de convertir en mi droga particular, ya soy yonki de su fragancia.

—Hola, nena.

Respondo por fin, sin moverme, con su pelo haciéndome cosquillas en la piel, con sus brazos alrededor de mi cuello y mis manos en su cintura.

Puede que esté ejerciendo demasiada fuerza, no lo sé, aunque ella no dice nada y también está apretándome con ganas. Veo que lo hace de puntillas. Sonrío antes de suspirar.

—¿Nos quedamos así para siempre? —susurra en mi oído provocando una oleada de descargas que recorren mi cuerpo entero.

Me aparto un poco, los centímetros justos para mirarla a los ojos y negar con la cabeza.

—Quedémonos así.

Lo murmuro a la vez que dejo de agarrar su cintura para que mis manos pasen a sus mejillas. Están calientes, y húmedas. Aparto las lágrimas con los pulgares y me centro en sus ojos. Es como si los viera por primera vez pese a llevar viéndolos dos meses a través de una pantalla. Jamás los hubiera imaginado tan preciosos. Son enormes, de color marrón con pequeñas motas verdes en la parte más cercana a la pupila. Son los ojos más bonitos que he visto nunca. Y ahora me observan con una calidez que me derrite, que me embelesa y me obliga a tragar saliva para arrastrar el nudo que provocan en mi garganta.

—Eres tan bonita...

—Me moría de ganas por tenerte así de cerca.

Es la primera que desvía la mirada. A mi boca. Me contagia y la imito.

—Llevamos tanto tiempo esperándolo que igual no es como imaginamos —murmura.

—Ni de coña. Será mejor.

Una de sus comisuras se eleva y me mira a los ojos. La chispa que aparece en los suyos activa todas y cada una de las terminaciones nerviosas que todavía permanecían dormidas en mí.

—Bésame ya, Marcos.

No lo demoramos más. Y no soy yo el que se mueve, sino ella, que rompe la distancia para unir nuestros labios de una maldita vez.

Hay besos que te marcan, bocas que se quedan grabadas en tu mente de tanto besar o de tantas ganas que les tenías. Besos que te suben al cielo, besos que te hacen arder y besos que te muestran que esos labios no están hechos para ti, que lo mejor es dejarlos y olvidar que los besaste. Nada de eso es lo que siento en este momento. Mucho se habla de la media naranja, de la pareja perfecta, del amor para siempre, pero ¿qué hay de los besos hechos a medida? Porque ahora mismo sé que estos labios son los míos, los que me pertenecen y a los que pertenezco. Que esta boca que ahora acaricia la mía es la que debe seguir haciéndolo siempre. Que ya no quiero más besos si no son de estos labios. Que los besos que Elena dé mañana o pasado tendrán que ser para mí pues están hechos a mi medida.

Con suavidad y demanda, con ganas y calma, con pasión y dulzura, así nos besamos. Nuestras lenguas unidas, explorando el camino, encendiendo la piel y quemándolo todo. Ardo. Me siento envuelto en llamas en el mismísimo cielo.

—Deberíamos parar —murmura en mi boca.

—No quiero.

Ríe, pero no se detiene. Me besa con más ganas si cabe. Con su pecho pegado al mío, tanto que noto su respiración acelerada como si fuera la mía propia. Y es que no sé dónde termina mi aliento y comienza el suyo.

Desconozco el tiempo que pasa, aunque tampoco importa. Cuando nos miramos a los ojos ambos sonreímos.

—No sé qué piensas tú —empiezo mientras vuelvo a acariciar sus mejillas—, pero para mí ha sido mil veces mejor de lo que esperaba.

—Creo que necesitaré una segunda opinión.

Enarco una ceja y la miro con sorpresa.

—¿En serio? ¿No lo tienes claro?

—Vámonos a tu casa. Ya.

Ha sido cómo lo ha dicho, casi sin aliento y abrasándome con la mirada. Por eso la llevo prácticamente a rastras por la calle, tirando de su mano mientras escucho sus carcajadas a mi espalda. Muy cavernícola todo, sí. Ahora mismo la parte más animal de mi mente ha tomado el control. Solo puedo pensar en tumbarla en una cama y perderme en ella.

Entramos en mi edificio y no montamos el espectáculo porque somos muy conscientes de que la situación todavía no está para esas cosas. Seguimos en el periodo de desescalada y el contacto social no debe ser excesivo; en realidad, para bien, debe ser inexistente. Pero Elena y yo ya no podíamos más. Hemos dejado pasar dos días desde que el presidente del gobierno comunicó que podíamos volver a salir, de forma escalada y apelando a la razón, para ver a familiares y algún amigo. Desde la distancia, manteniendo esos dos metros que nos han de separar y sin muestras de afecto. Esto último es complicado de cumplir, seamos sinceros. Yo ayer fui a ver a mi madre. Lo primero que hice fue abrazarla. Era algo inevitable, y necesario a nivel vital. Y con Elena... un abrazo se quedaba corto, muy corto.

—¿Estás nervioso?

Me vuelvo hacia ella, que está apoyada en la pared del ascensor mirando al frente.

—Tengo el corazón a punto de saltar por la boca.

Ríe y asiente antes de respirar profundo.

—El mío está igual.

—Pensaba que esto nunca llegaría.

—Pues aquí estamos...

—Ya en mi planta.

La puerta del ascensor se abre ante nosotros y caminamos hacia mi apartamento. Cojo su mano, enfundada en uno de los ya familiares guantes de nitrilo, y trago saliva.

—¿Preparada?

—Preparadísima.

Nos sonreímos y abro la puerta. De repente los nervios se triplican, se hacen tan reales que casi me roban el aire. Intento respirar despacio para calmarme. Ni que fuera la primera vez que hago esto. Elena no es la primera chica que traigo a casa, pero algo dentro me dice que es la más importante.

—Ey, Marcos, no entres en pánico.

—¿Qué? ¿Pánico? ¿Yo?

Lo chillo. Como una urraca.

Elena sonrío y se acerca a mí. Me pasa las manos por el pelo consiguiendo que cierre los ojos para centrarme en su caricia.

—Será mejor que me quite estos guantes del demonio. Me lavaré las manos.

La veo dirigirse al baño. Sin preguntar. Ha visto tanto esta casa a través de una pantalla que se la conoce a la perfección. Decido hacer lo mismo en la cocina, me quito los guantes y me lavo las manos. Cuando me las estoy secando siento su presencia a mi espalda. Enseguida sus dedos vuelven a mi cabeza, cierro los ojos en el mismo instante en que roza mi cuero cabelludo.

—Vuelves a ser un Jackson 5, ¿sabes?

—Quería que nuestro primer encuentro fuera así. Sé que te gusto con el pelo afro.

—Me gustas de cualquier manera.

Aprovecho para darme la vuelta y poso las manos en su cintura, atrayéndola a mí. Sus manos se deslizan hasta mis hombros. Da un mínimo paso hacia mi cuerpo, anulando la distancia, uniendo nuestros torsos, y me mira a los ojos fijamente.

—Tengo la sensación de que te conozco desde siempre. Tu cercanía no se me hace extraña, acabo de descubrir cómo hueles y me parece un aroma tan familiar que...

Guarda silencio, ladeo la cabeza y me acerco para besarla en la punta de la nariz.

—Tan familiar, ¿qué? —pregunto para que termine la frase.

—Que hueles a hogar, Marcos.

Mis labios se curvan y me agacho un poco para capturar su boca.

—Pensaba que esto nunca sucedería —murmuro entre besos.

—Yo no imaginé que sentiría tanto.

—Yo lo supe desde el primer día. —La beso por última vez antes de acunar su rostro entre mis manos y mirarla—. Supe que me volvería loco por ti cuando te vi la primera vez. Supe que lo pondrías todo del revés. Y ahora sé una cosa más.

Sus ojos brillan, haciendo que las vetas verdes que bailan en sus iris se vuelvan más radiantes.

—Vamos a hacer temblar la estructura de este edificio.

Se echa a reír a carcajadas, agarrada a mis muñecas y con las mejillas encendidas de repente. ¿Y qué hago yo aparte de babear? La cojo en volandas, robándole un grito de sorpresa, para llevarla hasta mi cuarto y lanzarla sobre la cama. No digo ni media palabra, empiezo a desnudarme porque ahora las palabras sobran, solo cuentan los hechos.

Me desperezó mientras abro los ojos poco a poco. Las persianas están subidas y la luz de las farolas ilumina la habitación. Son las diez de la noche y Elena sigue aquí. A mi lado, desnuda, dormida. Suspiro antes de acercarme a su cuerpo y acurrucarme. La huelo, cierro los párpados y me deleito en su aroma.

Llevaba tanto tiempo esperando tenerla aquí que casi parece un sueño. De los de futuro, de los que incluyen una visión del jardín de la parte de atrás de la casa en el que unos niños corretean entre risas. Pero aquí no hay jardín ni parte de atrás, aquí estamos solos ella y yo. Y tenemos toda una vida por delante. Una vida que poder compartir juntos.

Desde que la pandemia empezó he ido atravesando fases. No sé si los expertos estarían de acuerdo conmigo en el orden, pero así es como me he sentido. Primero fue la incredulidad: “¿Cómo vamos a tener que encerrarnos en casa por un jodido virus en pleno siglo XXI?” Después vino el enfado: “Hay que joderse, puto gobierno, cuadrilla de chorizos que no saben gestionar nada ni unirse para defender un plan común por el bien del país”. Más tarde llegó la aceptación: “Nada, pues nos quedaremos en casa, me vendrá bien para ponerme al día con Netflix”. Hubo algo de frustración de por medio: “Me cago en la puta, las ganas que tengo de salir a la calle, tomarme una cerveza con mis amigos y hacer lo que me dé la santa gana, ¡pero no puedo!” Y también tristeza: “Echo de menos a mi madre...” Hubo días en que incluso me emocionaba viendo la televisión. Sí, sí, y la culpa la tiene el anuncio de Bankinter. Tócate las narices, ¿quién me iba a decir que el anuncio de un banco me tendría con la lágrima colgando? Y es que esa cancioncita... toca la fibra. Mucho. Pero en medio de casi todas estas fases estuvo ella, Elena. Compartiendo conmigo sus pensamientos, su frustración, su miedo. Haciéndome partícipe de su cuarentena y consiguiendo que la sintiera a mi lado en todo momento, mi compañera de confinamiento, tanto que la amistad que forjamos se hizo indispensable. Aunque insuficiente. Yo quería más, quería verla, tocarla, sentirla... tenerla cerca. Y no a un metro de distancia. La quería así, justo aquí, donde está ahora.

¿Y sabes qué? No pienso dejar que esto cambie.

El sonido de mi móvil me sobresalta. Alargo la mano y lo cojo para descubrir que es mi madre la que llama. Qué raro, a estas horas. Me incorporo sin pensarlo demasiado, igual sucede algo.

—Mamá, ¿qué pasa? —susurro saliendo de la habitación con sigilo para no despertar a Elena.

—¿Qué tal ha ido?

Sonrío y vuelvo la puerta a mi espalda.

—¿Me llamas a estas horas para saber cómo ha ido mi encuentro con Elena? ¿En serio, mamá? ¿Tan cotilla te has vuelto?

—Déjate de tonterías, Marcos, y cuéntame.

Me río por su tono severo aunque deseoso de saber más antes de responder.

—Una jodida maravilla, mamá.

—Ay, qué bien, hijo mío. ¿Ha sido como en las películas?

—No, ha sido mejor. Las películas esas que llevas haciéndome ver toda la vida no le llegan a la suela del zapato a esto. Ni de coña.

—Pasaré por alto esa grosería acerca del séptimo arte porque estoy muy feliz por ti. Qué alegría. Bueno, y cuéntame, ¿cómo es?

—¿Cómo que cómo es? ¿Elena? Ya te he hablado de ella.

—Ya lo sé, me refería a en persona. ¿Es mejor de lo que creías, verdad?

Suspiro y asiento.

—Sí, mamá. Mil veces mejor.

—¿Cuándo vendréis a casa?

—¿Qué?

—Que cuándo la traerás a comer, me muero de ganas por conocerla.

—No voy a llevarla a comer a casa, al menos no hasta que las cosas estén un poco más claras entre nosotros.

Se echa a reír, dejándome sorprendido.

—Todo está clarísimo entre vosotros, Marcos. Podéis venir este fin de semana.

—Te recuerdo que seguimos de confinamiento, mamá. —Me aguanto las ganas de sonreír porque la noto tan emocionada que me hace gracia.

—Bueno, bueno, estamos de desescalada, cariño, que no es lo mismo. Ya nos dejan encontrarnos con gente de vez en cuando. Permiten encuentros sociales de cuatro personas, nosotros seríamos solo tres. Mira tú qué problema...

—Lo hablaré con ella y te diré algo —accedo porque sé lo ilusionada que está.

—Perfecto. Puedo preparar lasaña.

—Vale, mamá, lo que tú quieras será estupendo.

—Ay, qué bien, hijo mío. Qué alegría que algo tan bonito salga de todo esto que hemos vivido.

—Suspira y guarda silencio un par de segundos—. La vida sigue, pese a todo, y el amor siempre se abre camino.

—Te cuelgo, que te veo que te vas a venir arriba y será mejor dejarlo aquí.

—Vale, hijo mío. Descansa.

—Igualmente, mamá.

—Y dale recuerdos a Elena cuando despierte.

—Se los daré... ¡Espera! ¿Cómo sabes que está aquí?

Suelta unas risitas e ignora mi pregunta.

—Buenas noches, Marcos.

—Hasta mañana, mamá.

Cuelga y sonrío conforme niego con la cabeza. Qué mujer...

—Puedes mandarle un beso de mi parte.

Se me cae el móvil de la mano del susto que Elena acaba de darme. No he gritado de pura casualidad.

—Joder, ¿quieres matarme?

Ríe despreocupada mientras sale de la habitación. Lleva puesta mi camiseta. Nada más. Mis ojos se desvían a sus piernas desnudas.

—¿Hablabas de mí a mis espaldas? —pregunta haciéndose la ofendida.

—Algo así... ¿Adónde vas?

—Me ha despertado el sonido de tu voz y he pensado en salir a por un poco de agua.

La sigo hasta la cocina, donde abre la nevera y coge una botella.

—Lo siento, no pretendía despertarte. Es que mi madre tiene un lado cotilla que se activó en cuanto le hablé de ti y le dije que íbamos a vernos.

—¿Le has hablado de mí a tu madre? Joder, eso es serio, Marquitos.

—No me toques las narices, rubia. Tú también lo has hecho.

—Es posible.

Se cruza de brazos y me mira de esa forma que me encanta y a la vez me exaspera. Todavía no

sé muy bien cómo llevar esa faceta impertinente suya cuando una pantalla no nos separa, por lo que improviso sin más. La sujeto por la cintura y la atraigo a mí.

—Abrazame, anda —pido de repente.

Y sé que no se lo esperaba. Pero lo hace.

El sonido de la botella de plástico al impactar contra el suelo nos da igual.

Respiro hondo, escondo la cara en la curva de su cuello y cierro los ojos.

—Aquí quiero quedarme durante el resto de mi vida —murmuro sin moverme.

—Me parece bien.

Su susurro me eriza la piel. Comienzo a moverme hacia atrás. No se aparta, sigue mis pasos y avanza conmigo. Hasta que llegamos a mi habitación y mis piernas chocan contra el colchón de la cama, entonces la arrastro junto a mí y ambos caemos. Elena estalla en carcajadas que me ponen la piel de gallina.

Por fin, esa risa, aquí. Que nunca se vaya. Que se quede siempre entre estas cuatro paredes. Que se convierta en la banda sonora de mis días a partir de hoy.

—Quédate para siempre —le pido poniéndole voz a mis pensamientos.

—De acuerdo.

No dice más.

La aprieto más fuerte. Los dos suspiramos y nos abrazamos como si fuera la primera y la última vez, pero sabemos que no es así, que nos quedan muchos abrazos por compartir.

Gracias por leer este relato. Y todavía más por formar parte de esta sociedad de la que es maravilloso sentirse parte. Juntos somos más fuertes.

Un abrazo,

Marta